

# Lo que sea de cada quien

## Salvador Elizondo, el Chato

Vicente Leñero

Para celebrar al editor Joaquín Díez-Canedo por no recordar qué circunstancia —su cumpleaños, quizá— Salvador Elizondo nos invitó a Ignacio Solares y a mí —allá por el 69 o el 70— a una comida en su departamento, cuando vivía frente al parque México.

Conocí a Elizondo y a García Ponce en nuestros tiempos de becarios del Centro Mexicano de Escritores. Ambos me asediaban con sus críticas por mi devoción al *nouveau roman*, pero yo les reviraba la agresión cuando les tocaba leer. A Juan le hacía rueditas sobre los innumerables *que prodigados* como chinches en sus cuartillas, y lo zahería señalando la curiosa semejanza entre *La casa en la playa* —que empezaba a escribir entonces— con *La isla* de Juan Goytisolo. Se enfurecía, por supuesto. A Salvador Elizondo, en su turno, le hacía ver los contagios de su *Farabeuf* en proceso con las fórmulas de *El año pasado en Mriénbad* de Resnais, cuyo guionista era nada menos que Alain Robbe-Grillet, el profeta del *nouveau roman*. Se enfurecía también. Nos enfurecíamos los tres en distintos momentos pero ahí la llevábamos. No eran mis amigos aunque terminamos estimándonos de verdad. Al grado de que Salvador Elizondo me invitó con Solares a su personal homenaje a Díez-Canedo.

Se nos hizo tarde. Nos entretuvimos. Se nos volaron las horas porque Nacho y yo necesitábamos trabajar una nota para la revista *Claudia* sobre La Edad de Oro, aquel cabaret de Óscar Chávez donde esa noche bebimos más tragos de lo recomendable.

—No podemos llegar así de pedos a casa de Elizondo —me recriminó Nacho.

Era pasada la medianoche, realmente tardísimo para una comida, pero yo insistí: es mi cuate, dije. Y llegamos hasta el domicilio de Elizondo. Y nos pegamos al timbre. Y le gritamos desde la acera hacia su balcón:

—¡Chato, Chato, aquí estamos!

—Mejor vámonos —me contuvo Nacho. Yo, necio:

—¡Ya llegué, Chato!

La comida había concluido hacía mucho tiempo, desde luego. En la sala del departamento sólo quedaban Salvador, el poeta Juan Carvajal —tan pasados de tragos como nosotros— y los restos de un cremoso pastel en la mesita de centro.

Ofrecimos disculpas. Nos sentamos a conversar tonterías. Nacho comedido, brillante. Yo empeñado en llamar a Elizondo con el apelativo que, según Ramón Zorrilla, le endilgaron en su familia cuando niño: el Chato Salvador. Y así se lo restregaba esa noche: que Chato por aquí, que Chato por allá, que mi querido Chato es el más grande

escritor de nuestra generación. Hasta llegado el momento en que Elizondo se levantó de su sillón como un cohete, apagó el churro de marihuana y me enfrentó:

—¿Por qué me dices Chato, cabrón?

—Así te decían de niño, ¿qué no?

—Así me decía mi chingada madre, pero aborrezco el apodo, no lo soporté nunca, menos ahora.

—Perdón, Chato.

—Me vuelves a decir Chato —tronó Elizondo— y aquí mismo te rompo la madre.

También se había levantado Carvajal, despetando de la pedia, y encrespado como su amigo, agarró de la mesa el enorme cuchillo embarrado de pastel y se lanzó contra mí:

—¡Y yo te encajo esto en la panza, cabrón!

Hizo el impulso, pero Nacho me jaló del hombro hacia atrás, a tiempo. Estuve a punto de caer. Sostenido por él vi a la distancia a los dos amigos con los ojos inyectados, pelones, dispuestos a cualquier barbaridad.

Nacho intervino para calmar los ánimos:

—No pasa nada, no pasa nada. Tranquilos.

Nos fuimos de inmediato.

Años después, cuando Salvador me invitó como asesor al Centro Mexicano de Escritores, junto con él y Juan Rulfo, el Chato Elizondo ya no recordaba el incidente. ■

Y llegamos hasta el domicilio de Elizondo. Y nos pegamos al timbre. Y le gritamos desde la acera hacia su balcón: “¡Chato, Chato, aquí estamos!”.